CUANDO LAS **MUJERES** SE PONEN POR LAS **NUBES**

TEXTO

Antxon Iturriza

EMMOA

La progresión de las mujeres vascas en la alta montaña ha descrito, aunque con un notable retraso temporal, una senda paralela a la de sus compañeros masculinos. Este es un breve resumen de la trayectoria ascendente de nuestras damas montañeras hacia las grandes cimas de la tierra.

Nerea Ariz en la cumbre del Aconcagua junto a su padre en 1991 · FOTO: G. Ariz

Sin olvidar que no es la altitud el único baremo de los logros alpinos, vamos a realizar una ascensión virtual basada solamente en la altimetría, para seguir la progresión de nuestras montañeras por los macizos del mundo.

Podríamos citar como un posible inicio de esta escalera hacia las nubes la figura de la irunesa Pilar Larrañaga, que acompañó a su marido, el tolosarra Jenaro Ruiz de Arcaute, en muchas de sus incursiones en las montañas del Pirineo.

Sin haberlo podido documentar en las pesquisas realizadas en los libros de cumbre conservados en los archivos del Museo de Lourdes, en Tolosa se asegura que, hacia 1915, Pilar Larrañaga acompañó a su marido hasta la cumbre de Balaitous (3145 m). Se trataría de la primera mujer vasca en pisar una cota de tres mil metros.

Para superar el nivel de los cuatro mil era necesario salir de la península. El hecho se materializó el 17 de septiembre de 1950 en la cima marroquí del Toubkal (4167 m) y la protagonista fue Adely Pérez, esposa de Germán Díez de Basaldua. Este montañero vizcaíno, pionero de la escalada en los años previos a la guerra civil, se encontraba residiendo en Tetuán, lo que le permitía un acceso directo a las elevaciones del Atlas. Como cu-

Loli López Goñi bajo la Aiguille de Midi, en 1959
FOTO: I. Goikoetxea

Primer ocho mil femenino vasco. Amaia Aranzabal tras su ascenso al Cho Oyu (8201 m) en 1992 · FOTO: J. Bereziartua

riosidad, citemos que, junto a Germán y su compañera, subió también el hijo de ambos, que se convertía así en el vasco más joven en llegar a una cumbre cuatromilista.

En esta progresión hacia las alturas, hay que hacer una etapa intermedia para reseñar, por su relevancia alpina, los ascensos de la guipuzcoana Loli López Goñi en compañía de su marido, Imanol Goikoetxea, a las cimas de Mont Blanc (4810 m) y Cervino (4478 m) en el verano de 1959.

DESDE ÁFRICA A AMÉRICA

El escalón de los cinco mil metros requería visitar el Cáucaso o salirse de Europa. Quien daría ese primer paso fue la navarra Pili Ganuza, gran pionera de nuestro alpinismo femenino. Lo materializó en el verano de 1975, en la cima del Kilimanjaro (5892 m). Se daba la circunstancia de que en esos momentos se encontraba embarazada de su hija Nerea.

En el verano de 1976, la guipuzcoana Maite Bakaikoa traspasaba ampliamente la barrera de los seis mil metros en la cima sur del Huascarán (6768 m). Al año siguiente, la navarra Montse Lasterra visitaba la vecina cumbre sur de la misma montaña de 6655 m.

En otro rincón del mundo, en 1976, la catalana asentada en Euskal Herria Trini Cornellana respiraba en la cima del Shakaur (Afganistán) el aire helado de sus 7116 m.

Paso a paso, nuestras alpinistas empezaban a frecuentar las cotas más elevadas del mundo. En 1978, en Afganistán, la citada Montse Lasterra desistía a 7100 metros de su intento de ascender al Noshaq.

Pasando de nuevo al otro lado del Atlántico, en la cordillera andina de Vilcanota, la guipuzcoana Mari Jose Lasa protagonizó en el verano de 1980 el primer ascenso femenino a los 5800 metros de la cumbre del Jatun Ausangate.

En 1986, la incansable Pili Ganuza se convertía en la primera vasca que pisaba la cima del Aconcagua (6959 m). Como si completara un curioso círculo en su vida, cinco años más tarde, en 1991, su hija Nerea, que había subido ya al Kilimanjaro antes de nacer, se convertía con 14 años en la fémina más joven en superar el techo de América.

No todo han sido alegrías. Un año antes había desaparecido en las laderas del Meru Norte (6450 m), en el Garhwal indio, una navarra de personalidad inolvidable como era Miriam García, primera de nuestras mujeres que perdía la vida en las montañas de Asia.

EL ESCALÓN OCHO MIL

El nuevo peldaño que esperaba a las damas vascas era la mítica frontera de los ocho mil metros. Por unos pocos metros, la superó la guipuzcoana Amaia Aranzabal al alcanzar el Collado Sur en el transcurso de la expedición azpeitiarra al Everest del otoño de 1991.

Ella misma superaría esa barrera en la cima del Cho Oyu (8201 m) el 17 de septiembre de 1992. Tan sólo tres días después, Pili Ganuza confirmaba su puesto en la historia del montañismo vasco al repetir en la misma cumbre el logro de Amaia. En idéntico escenario, un año más tarde, la vizcaína Yolanda Martín seguía los pasos de sus antecesoras, convirtiéndose en la tercera de nuestras ochomilistas.

Pero todas las referencias sobre nuestras féminas en el Himalaya iban a quedar superadas con la entrada en escena de la tolosarra Edurne Pasaban. En 2001 abrió en el Everest su carrera de himalayista, que completaría el 17 de mayo de 2010 en el Shisha Pangma, convertida ya para la historia del montañismo mundial en la primera mujer que había conseguido superar los míticos catorce ochomiles.

Edurne Pasaban en el Everest en 2001. Era el primero de sus catorce ochomiles · FOTO: Colección E. Pasaban

¿QUIÉN FUE MADAME DE ZUMELZU?

Pioneras subiendo hacia el Mont Blanc · FOTO: Museo de Chamonix

En este repaso histórico de la progresión femenina vasca en la alta montaña, aparece un dato que nos podría hacer retroceder muchas décadas en la búsqueda del punto de arranque de la presencia de nuestras damas en grandes altitudes.

En los libros de registro de ascensiones al Mont Blanc, guardados en los archivos de la Compañía de Guías de Chamonix, en las páginas referidas al año 1874, en la relación de ascensos al Mont Blanc, ocupando el número 539 en el orden total y el 16 en el de aquel verano, figura escuetamente el apellido de una mujer: Madame de Zumelzu; y en el apartado de procedencia se puede leer "Espagnol". Una reseña que resulta asombrosa por mucha razones, entre otras, porque hasta 1874 apenas una treintena de mujeres habían alcanzado la cima de Mont Blanc.

Una vasca ¿soltera o casada?

La pregunta surge evidente: ¿quién era esta misteriosa mujer que había seguido los pasos de las históricas pioneras Marie Paradis, Henriette d´Angeville, Meta Brewoort o Isabella Straton? No tenemos ningún dato sobre ella, pero, en principio, podemos conjeturar que Madame de Zumelzu reuniría las características comunes a sus predecesoras: todas tenían una personalidad fuerte, una edad que rondaba la cuarentena, ostentaban una desahogada situación económica y eran solteras, porque a las casadas no se les hubieran permitido estas veleidades. Sin embargo, no hay que obviar el detalle de que en el registro de Chamonix nuestra protagonista figura con la abreviatura de Mme, en lugar de la de Mlle. (Mademoiselle, señorita) que hubiera correspondido a una mujer soltera.

Otro aspecto básico de su personalidad es su posible origen. Resulta evidente que Madame Zumelzu declaró que era española, por lo que tenemos que orientar en ese sentido las pesquisas hacia las raíces de su apellido.

Sin poder contar con más referencias, sí se puede asegurar que su apellido es de procedencia vasca. Zumelzu es un apellido bastante extendido en Euskal Herria, especialmente en los territorios de Bizkaia y Araba. En este último, existe una población con el mismo nombre (Zumeltzu, en euskera), situada al sur de Gasteiz, cuyo significado en castellano puede traducirse por mimbreral o sauzal.

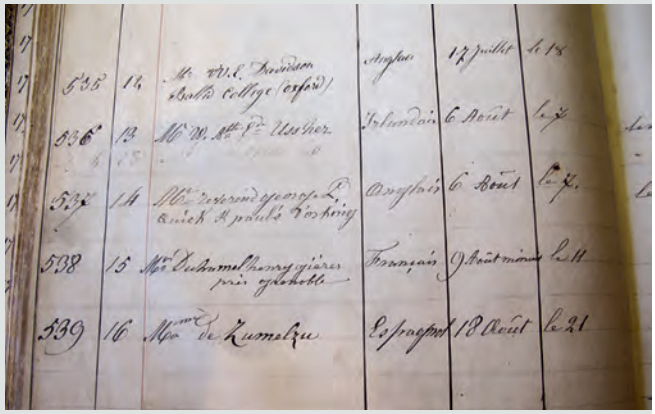
Cómo fue la ascensión

Sí conocemos, en cambio, algunos detalles puntuales sobre su ascensión. Resulta curioso que la caravana en la que ascendió al Mont Blanc fue la única que partió aquellos días hacia la cumbre. Igualmente, sabemos que Madame Zumelzu se hizo acompañar por nada menos que cuatro guías, cuyos nombres eran Jean François Carvier, Florentin Folliguet, Alexander Paccard y Edouard Tournier.

Hay otro detalle poco habitual en el desarrollo de la aventura: la señora Zumelzu empleó cuatro días en subir y bajar de la montaña; el doble de los que se planificaban habitualmente: partió el 18 de agosto y regresó el 21.

Hay que intuir que hizo la primera noche en el precario refugio de Grands Mulets y al día siguiente quizás los guías improvisarían un vivac entre glaciares, posiblemente en la zona del Grand Plateau, tal y como se hacía en las primeras ascensiones. Tras alcanzar la cima el día 20, las circunstancias debieron de imponer una nueva estancia en Grands Mulets, para terminar regresando a Chamonix al cuarto día. También hay que dejar abierta la posibilidad de que sus planes se vieran retrasados por el mal tiempo.

El hecho incuestionable es que la presencia de la desconocida Madame de Zumeldu en la cima de Mont Blanc resulta un hecho absolutamente sorprendente, en un tiempo en el que las mujeres vascas ni siquiera soñaban con ascender montañas y mucho menos a una de la envergadura de la reina de los Alpes.



Registro del ascenso de Madame de Zumelzu al Mont Blanc en 1874 · FOTO: A. Iturriza